



Max Herrador

Ojo de Venado

Una novela realista que sana viejas heridas de los pueblos y del alma

Max Herrador

Ojo de venado

Novela

863.44

H564o Herrador, Max, 1971-

slv Ojo de venado [recurso electrónico] : una novela realista que sana viejas heridas de los pueblos y del alma / Max Herrador ; colaboración Walter Herrador, Oswaldo Mejía, Oswaldo Hernández, Omar arbaiza, Francisco Campos ; edición Mercy Campos ; fotografía de cubierta Marco Antonio Dueñas ; diseñador web Adolfo Martínez. -- 1ª ed. -- San Salvador, El Salvo. : Is.n.l, 2023.
1 recurso electrónico, <252 p. ; 28 cm.

Datos electrónicos : <1 archivo, formato pdf, 1.4 mb>. -- <http://www.maxherrador.com/obra/ojo-de-venado.html/>.

ISBN 978-99961-2-832-5 <E-Book, pdf>

1. Novela salvadoreña. 2. Literatura salvadoreña. I. Título.

BINA/jnh

2015; 2023

©Autor: **Max Arturo Herrador Maravilla**

Edición: Jasmine Campos

Apoyo editorial y otras colaboraciones: Walter Herrador, Oswaldo Mejía, Oswaldo Hernández, Pro-Búsqueda (organización de reencuentros).

Fotografía de portada: **Marco Antonio Dueñas de la Rivera, MAD**

Diseño gráfico y diagramación: **Info-m@x** (soluciones comunicativas)

Diseñador web maxherrador.com: **Adolfo Martínez**

Primera edición impresa, San Salvador, 2015

ISBN: 978-99961-0-538-8

Primera edición electrónica, San Salvador, 2015

ISBN: 978-99961-0-539-5

Segunda edición electrónica, San Salvador, 2023

ISBN: 978-99961-2-832-5 (E-book, pdf)

maxherrador.com

Dedico esta novela a Nelly Ruth por haberme apoyado en todo momento.

OJO DE VENADO

El ojo de venado no es solo una semilla ovalada y dura, color miel de abeja de campanilla con una línea oscura que lo cruza por el medio; es más bien un amuleto que evoca a una leyenda antigua, tanto que se remonta a cuando estas tierras centroamericanas eran archipiélagos e islotes de volcanes bravos que tiraban cenizas y furia roja por sus bocas, y que poco a poco le dieron formas onduladas y llanas a estos lares de la zona media de las Américas.

De norte a sur del continente se elevan al cielo, imponentes, las montañas con sus melenas serranas, bocas con humo azufroso y, a lo largo de sus faldas, ojos de agua que ven cómo en el istmo se estrechan las manos hermanas de basaltos y cristales de cuarzo.

Pero cuentan los cuenteros de antaño que un ducho guerrero habitaba en estas tierras jóvenes y aterraba a sus enemigos, que eran todos los que se cruzaban por sus ojos cafés claros, mismos que brillaban ante el fulgor de una obsidiana negra, justo cuando enterraba su filo vidrioso en el pecho inmolido de su víctima.

El guerrero gustaba del destello de la última luz en el iris del ofendido porque, en la medida que robaba vidas, sus ojos se llenaban de poder y fuerza maligna. Con los años, tanta llegó a tener que pudo matar solo

con la mirada, haciéndose viejo y, con el tiempo, brujo también.

Más de ochocientos años llegó a vivir sin poder morir, como castigo de los dioses por todas las almas en pena que dejó rodando en las selvas y en los bosques, por las riberas de los ríos y los lagos, y en las ensenadas a donde arribaba el brujo guerrero de roncós pasos, como el retumbar de los volcanes.

Al final, hastiado de no vivir en paz y harto de tanto matar, se fue andando solitario al volcán más alto de todos, al más inhóspito, al más frío, el de boca ancha y humo azufroso perenne; allí se hizo ermitaño, no obstante, los espíritus que había ultimado aún lo perseguían, así como su conciencia, que no lo dejaba descansar, dormir ni morir. Por eso, gustaba de las zonas neblinosas donde la bruma fuese tan espesa como para no ver ni de cerca ni de lejos a los espectros que lo atormentaban. A esa montaña nadie iba por temor a toparse con el brujo guerrero y sufrir la maldición de su mirada.

Al pasar el tiempo a esa montaña se le llamó Cerro Abuelo o Cerro Viejo, por hacerse famosas las apariciones de aquel espectro. Ahora, ese lugar es conocido como el bosque nebuloso del volcán Iamatepec.

Nadie supo cuándo murió, pero dicen los brujos de Guaymango, Jujutla, Juayúa y Nahuizalco que al final se encontró con su nahual en la montaña: un venado cola blanca elegante y hermoso, de cuernos altos, que lo embistió levantándole de una vez por todas la maldición de la inmortalidad.

Justo en ese lugar, en una ladera en lo alto de la montaña, fue donde creció por primera vez esa planta de semillas duras redondas color café, entre cuyas ramas y bejucos brotaban flores, luego vainas, que guardaban en su interior ojos de venado.

Allí es un lugar brumoso y frío, donde cualquier vidente es ciego. Por eso dicen que para descubrir ese sitio es necesario ver con el tercer ojo y, además, cuenta la leyenda que quien encuentre esa planta y toque su tronco queda maldito para la eternidad, viendo a los espíritus de los muertos, pero sobre todo haciendo daño con la mirada.

También cuentan que de cuando en vez baja al pueblo el brujo guerrero, siendo bueno, siendo malo, con sus ojos nublados y apareciéndose a quienes viven en el calvario, dándoles como amuleto ojos de venado para que protejan a sus niños, a sus amigos, a sus hermanos y a sí mismos de la maldad que podría suceder por doquier.

MI SUEÑO

Cuando desperté, recién amanecía. Asomé a la ventana para hacerme una mejor idea de cuánta luz había, entonces al ver el cielo gris y el suelo húmedo supe que llovió toda la madrugada. Caminé a la habitación de la abuela para consultar su viejo reloj de cuerda. Entré despacio para no despertarla, pero me recosté en la vieja mecedora que tenía cerca de su cama. La abuela dormía profundamente y no advirtió mi presencia. Por más que estuve largo rato junto a su cama, no despertó; mientras, me mantenía atrapado en aquel aroma de agua florida que inundaba su cuarto. Después de unos minutos, muy en el fondo de mi letargo, escuché el leve tictac y recordé por qué había entrado. Abrí los ojos y vi el reloj: las seis.

A esa hora, el cielo aún parecía encapotado y un gris plomo dominaba el ambiente. Un gris pesado, como un romancero aburrido. Los gallos no habían cantado, parecía como si el sol no hubiese despertado a las aves. Había poco ruido y muchos ecos extraños al fondo.

Entré al baño y quise verme al espejo, pero no encendí la luz para no golpear la pupila. Volví a mi habitación y, sin pensarlo mucho, me dejé caer de espaldas en la cama y cerré los ojos un momento. Lo que pasó entonces aún no lo entiendo, pero en ese lapso tan

corto como el destello de la luz al salir del vientre una nueva vida, en ese preciso instante, pudo haber pasado una estación, una lucha, o bien, una existencia completa.

De repente, abrí los ojos y me paré como un rayo. Caminé firme hacia el baño, encendí la luz y en pocos segundos me lavé la cara. Me acerqué a la pequeña ventana junto a la regadera para ver afuera y puse la mirada fija en la calle. Creí por un momento que el tiempo se había detenido, pero no, me di cuenta de que podía volver a llover y eso sería lo más que podría pasar, solo que esta vez sería sobre los charcos aún sin evaporarse ante el alba crecida de la mañana.

Salí de casa aún temprano, andando y observando el ambiente húmedo del barrio. Casi sin saber qué hacer, taciturno, continué la marcha como si el camino fuese un paseo de gotas estrechas donde me deslizaba entre árboles de eucaliptos y casuarinas, entre claveles en flor, lirios de espadas del diablo y pasto mojado. Troté despacio, un poco, y luego aumenté la velocidad en forma paulatina, como era mi costumbre. Siempre salía a ejercitarme de ese modo por las mañanas, recorriendo las calles de la ciudad maltrecha, llevando una ruta amorfa, sin sentido.

Esa vez llegué a un paraje urbano muy peculiar, un pasaje en el que había una fila de árboles de maquilishuat que se alineaban paralelos a una calle de paisaje criollo y casas barrocas de muros altos, con grandes portones metálicos que conducían a cocheras y jardineras, casi todas iguales, salvo por los colores de los tapiales y zaguanes. Frente a las casas, al otro lado de la calle, estaba la hilera de árboles y al extremo, en paralelo, bajaba una quebrada con una pendiente de unos veinticinco metros de profundidad, cuyas paredes inclinadas, erosionadas y lodosas habían sido invadidas casi por completo por el verdor de la maleza típica del invierno. Me quedé allí unos minutos, hasta que decidí buscar un lugar donde sentarme a descansar. Aún sudaba por el trote ligero.

Me senté en una raíz y me recosté en un árbol. Comencé a ver la escena de ensueño en la que me encontraba: los rayos de luz que se filtraban entre las copas eran haces de colores verdes y amarillos que bajaban, mágicos y titilantes, fugaces por el viento que movía las ramas y las hojas. No sabía qué hacer ni por qué apreciaba toda la escena de esa manera, lo cierto es que así fue. Era a finales de la década de los ochenta y la guerra civil de El Salvador nos marcaba a cada quien de formas profundas y de diferentes maneras.

Por momentos, el sol iluminaba glamuroso, pero de pronto volvía el día opaco de invierno. Entonces se sentía un repentino viento húmedo que parecía anunciar el diluvio y las ráfagas de viento estremecían los gruesos maquilishuat que se imponían en línea junto al barranco, sacudiendo las ramas que se extendían hacia los costados, figurándose como soldados de una escolta que, vestidos de gala, alzaban sus sables para saludar al nuevo día, que seguía siendo grisáceo.

En las copas de los árboles, los zanates retozaban en algarabía e inundaban de ecos toda la quebrada, con un particular ambiente de sonidos agudos y llanos a la vez.

Quizá por el bullicio de las aves o porque estaba extasiado en la contemplación del paisaje, o por las ráfagas de viento que de un momento a otro arreciaban, no escuché el motor de un auto que apareció en marcha lenta. Era blanco hueso, aunque se veía sucio por las muchas sombras de grasa que tenía en casi toda la carrocería, que se marcaban aún más por el polvo y humo de la calle que habían arreciado.

En su interior había dos hombres: uno al volante, que fumaba, y el otro en el asiento del pasajero, que de

forma extraña estaba empotrado al revés, con el respaldo al lado del parabrisas, mientras el que manejaba observaba el paraje solitario, bajando y subiendo repetidamente la ventanilla, como en un juego de distracción. Noté a lo lejos que el copiloto hablaba de forma sofocada y hacía gestos profundos, lo que me hizo recordar las discusiones de política que durante el café de los sábados por la tarde sostenían la abuela y las vecinas (eran las únicas ocasiones en las que la veía exaltada, hablando de sus antiguos tiempos en la fábrica de toallas donde trabajaba, antes de irse a Chalatenango para trabajar en una parroquia, lugar donde me conoció cuando yo apenas tenía siete años). Cuando discutía, la abuela levantaba los brazos y hacía gestos que le daban fuerza a sus palabras, lo que seguramente era una expresión que había perfeccionado en las marchas sindicales de la década de los sesenta, aunque por alguna razón que desconozco odió después al movimiento obrero, tanto que cada vez que podía lo denigraba.

El auto detuvo su marcha al final del pasaje, al otro extremo donde yo estaba. Los sujetos salieron del carro para dirigirse a la parte trasera, luego abrieron el baúl y ambos se inclinaron al mismo tiempo para tomar algo. Era un bulto pesado forrado con plástico de color negro. Me pareció extraño al ver el esfuerzo con el que lo tomaron y la dificultad con la que caminaron, cargándolo hasta el borde del barranco

donde lo tumbaron al suelo. Ese bulto que sacaron con esfuerzo y trasladaron con dificultad hasta la orilla del barranco parecía, desde ese lugar que me encontraba, un cuerpo humano. Entonces, presentí que algo no andaba bien. Por un momento pensé que mis ojos o mi entendimiento podían estarme traicionando, pero no, en verdad era un cuerpo, más bien un cadáver envuelto en bolsas plásticas, que al ver con detenimiento noté estaba sujeto con cintas adhesivas por todas partes. Y, por último, lo volvieron a levantar, lo mecieron como para tomar impulso y lo tumbaron hacia la quebrada, al vacío, de donde se escuchó el golpe fuerte y seco al llegar al fondo del precipicio.

Hecho el asunto, estaban ambos como si nada; se limpiaron las manos con las primeras hojas secas que encontraron. Mientras, yo estaba inmóvil, inerte, sabiendo que podía pasar lo peor si alguno de ellos caía en cuenta de que había observado todo. Y así fue.

El que había llegado en el asiento invertido, el copiloto, de súbito me clavó la mirada y el otro, que estaba de espaldas, volteó un poco y sobre el hombro también me vio, pero sin dejar de hablar, como despreocupado. Este sacó las llaves de su bolsillo y se las dio al que me vio primero y continuaron platicando. El que venía manejando se sacudió la ropa, que lucía sucia, y al instante el que tomó las

llaves se dirigió al auto, mientras el otro, después de desempolvarse el pantalón, se dio la vuelta y comenzó a caminar firme hacia mí.

Había observado todo desde mi sitio de descanso, sentado en la raíz del árbol, y mientras él se acercaba comencé a pararme lento, como por reflejo, sin saber qué hacer ni qué vendría después. Entonces experimenté una angustia que jamás había sentido. El sujeto, un hombre moreno, de pelo corto lacio con algunas canas y un lunar prominente por encima del bigote ancho en su mejilla izquierda, no parecía estar enojado ni ser un tipo violento; sin embargo, con cada paso que daba hacia mí sentía como si una prensa me aplastara el pecho, despacito, como al giro de una manivela oxidada, y así poco a poco me iba quedando sin oxígeno, tanto que ya no pude respirar. Cuando por fin estuvo frente a mí, de cerca, recobré el aire, no obstante mi corazón galopaba a rienda suelta. Tras observarme un momento en el más profundo silencio, como quien examina un bulto que ha de cargar, me preguntó:

—¿Qué viste? —En realidad esperaba un interrogatorio más largo y minucioso, o una justificación, pero lo breve y el tono seco de la pregunta me desconcertaron aún más.

—Nada... nada... yo... yo no vi nada —contesté con el pecho latiéndome a todo tren. El sujeto, que me continuaba mirando de forma fija, agregó una media sonrisa burlona, guiñó un ojo y movió con ironía la cabeza horizontal en señal de desaprobación, y apresurado le dije—Se lo juro, no voy a decirle a nadie —pero esta vez hablé sin tartamudear.

El que se había ido al auto hizo sonar la bocina y el que me interrogaba lo miró unos segundos; luego, volteó de nuevo hacia mí diciendo:

—Vos tenés que desaparecer —sentí un frío que me congelaba de adentro hacia afuera, poniéndome erizo.

Para entonces ya había desenfundado una escuadra 45 mm y me apuntaba. Tuve tanto miedo, que del pánico sufrí una fuerte contracción genital y, a su vez, un dolor en los testículos que me paralizó, me dejó estático, mientras miles de pensamientos se desbordaban dentro de mí, imparables, ineludibles, como hojas secas volando en una fuerte ventisca. Vi toda mi vida resumida en extrañas escenas que no comprendía y sentí de pronto que estaba envejeciendo a la velocidad de la luz, viendo como en una película fugaz la llegada del último día de mi existencia. Por instinto, traté de huir caminando de retroceso, tropezándome con las raíces de los árboles, y mientras

tanto el cañón de la escuadra cuarenta y cinco me seguía implacable, como un tamagás que acecha a su presa acorralada observándola con ojos hipnóticos y su lengua bípeda, alzando su cabeza silenciosa justo antes de atacar y descargar su mortal veneno.

La angustia terminó de un modo inesperado cuando un rayo me cruzó el abdomen. Aún no había terminado de envejecer cuando aquel fuego hervía en mi estómago, calentando de pronto el frío interno que sentía por el terror que me paralizaba los sentidos. Derribado por la vida y el destino, me encontraba tendido boca arriba sobre las raíces de los maquilishuat, mientras corría la roja sabiduría de los siglos sobre ellas. Escuchaba ruidos opacos, voces lejanas, sonidos perdidos y la explosión de un trueno que desaparecía como eco lento en mis sentidos. El sol iluminaba cada vez menos en aquel día gris de invierno y los pájaros cantaban junto al viento notas desajustadas. Todo lo sentía como si fuese más lento.

En esa posición pasé otro siglo de pensamientos. Conocí el sufrimiento de envejecer hasta no escuchar nada, más que mis lamentos líquidos, cálidos, que fluían por mi boca, borboritando lento como un río de lava quemando todo a su paso. Luego, alcancé a escuchar otra explosión que me calentó sofocantemente la cabeza, dejé de ver los colores y ya no pensé más ni vi cosa alguna, nada más escuché el

inicio del estallido. El resto del sonido quedó en algún lugar del tiempo y el espacio que aún a ciencia cierta no entiendo.

Abrí los ojos de forma repentina, exaltado, sintiendo un enlace perfecto de la vida, una fuerte sensación armónica que invadió hasta el último rincón de mi cuerpo: piernas, dedos, mejillas, en fin, toda la piel. Respiré hondo para sentir que mis pulmones funcionaban, tragué saliva y escuché los sonidos, sentí el olor a agua florida de la abuela que invadía la casa, vi la mañana y la vida.

El ambiente estaba húmedo por el invierno tropical, el cielo aún se veía gris y sin prometer un buen día, pero no importaba, el alivio no se hizo esperar hilvanando una sonrisa en mis labios. Por algún momento sentí cierto desconcierto sobre si en realidad estaba vivo o no, pero corrieron algunos segundos y me di cuenta, poco a poco, de que todo fue una horrible pesadilla. Suspiré despacio y hondo.

No quise levantarme porque me gustó en verdad estar vivo y compenetrarme con mis propias pulsaciones, que querían salirse de la piel. Fue un placer puro. Seguí respirando profundo la brisa húmeda que entraba por la ventana del cuarto.

Al poco rato entró la abuela, abrió la puerta lento y me dijo:

—Voy al mercado, ¿quieres acompañarme? —moví la cabeza suave en señal de afirmación.

Mientras me peinaba frente al espejo, recordaba aún las fuertes impresiones de ese horrible sueño. Siempre tuve pesadillas de violencia, pero nunca como esa. Tenía presente cada detalle de lo que había sucedido como si fuese parte de una realidad, pero quizá esa realidad había escapado dentro de mi subconsciente.

—Ya está listo el desayuno —dijo la abuela desde la cocina y siguió hablando mientras caminaba hacia la mesa.

—¿Qué dijo, abuela? —pregunté.

—Que Julio Ramos vino a buscarte, pero creí que habías salido a hacer ejercicio y le dije que no estabas, porque te escuché bien temprano que entraste a mi cuarto y estuviste en el baño.

—Así fue, pero me dormí otra vez sin querer.